

milares, por el contenido, en cambio, ya es la primera de la gran serie de obras naturalistas. París premió con una segunda medalla y la distinción *Hors Concours* ese cuadro que hoy se admira en el Luxemburgo y cuya discrepancia de toda la obra anterior de Sorolla es el áureo jalón del cual parte su orientación sucesiva.

Poniendo de lado, en efecto, los pocos cuadros de interior, relativamente insignificantes, que Sorolla hiciera después, el resto de su obra no es sino la orquestación, en crescendo, de un himno magnífico a Valencia, a la naturaleza y al sol. Tras aquel cuadro-norma se reiteran los temas afines. La *Bendición de la barca*, del mismo año de 1894, destaca el blanco roquete y el rojo falde-llín de un monago a pleno sol, sobre la tosca escotilla; *Pescadores valencianos* ensalza la faena de los hombres de Levante, limpiando sus neceseres en el mar; *Cosiendo la vela* nos adentra en la orgiástica luminosidad de un emparrado valenciano, donde un grupo de mozas reidoras, tachonadas de sol, dominan los repliegues sinuosos de un inmensa lona, que alguien ha llamado verdadera "protagonista" del cuadro; *Comiendo en la barca* es un contraluz maravilloso, desde la sombra cálida de una toldilla que recorta a lo lejos la reverberación búida del mar; *Y aún dicen que el pescado es caro!* recoge la luz cenital y fría de una sentina, en que los pescadores viejos atienden al mozo maltrecho en la brega costeña; *Llegada de una barca de pesca a la playa de Valencia* es una repetición más amplia, más movida y espectacular del tema de 1894; *Playa de Valencia* comienza esa serie encantadora de motivos del baño, que puso de manifiesto la inagotable fecundidad de Sorolla en recursos de composición: arenas mojadas, desnudos chicuelos cuyos cuerpos deslumbran bajo la caricia del agua, y del sol; bellas mujeres levantinas, a cuyas ricas formas el viento ciñe voluptuosamente los linos indiscretos, que al mojarse se han hecho diáfanos; botes radiosos, anchas velas, travesuras e idilios en la arena, reverberación estival en las olas, lejanías sosegadas de intenso cobalto, donde el mar, borracho de luz, parece dormir una sienta bochornosa; verdes sombras de cuerpos sumergidos, que simulan gestos de batracios en la profundidad mediana de las aguas; brava iridiscencia del áspero acantilado; banastas de los viveros, donde las escamas palpitantes desmenuzan la insolencia del sol; caras